

C. S. Peirce y la comunicación

Conocimiento, cultura y sociedad
en la época *massmediática*

Tomás Caballero

El presente estudio intenta remarcar uno de los tópicos de la epistemología y semiótica contemporánea: el debilitamiento del concepto de ciencia y de la solidez de sus productos. Asimismo analiza la relación oculta existente entre la ciencia —supuesto paradigma cognoscitivo— y los contenidos comunicacionales más evidentemente débiles, aquéllos que se muestran a través de los mass media.

PEIRCE Y LA COMUNICACIÓN

El pragmatismo de C. S. Peirce se puede insertar, en general, en sincronía con uno de los mayores esfuerzos de la epistemología contemporánea; el que viene a insistir en la reformulación de las crisis y de las rupturas de lo que podemos llamar “las grandes metáforas de la ciencia moderna”. El siglo XX contiene en su seno grandes posicionamientos, pero en lo que respecta a la hipótesis de la “gran ciencia” como edificio en permanente construcción y acumulación, como estructura lineal y unívoca, como fuente del hermetismo, higiene y neutralidad de los científicos, adolece (tal vez afortunadamente) de grandes e importantes fisuras, y de una clara imposibilidad de volver atrás en su historia. Uno de los talones de Aquiles de estas grandes metáforas de la ciencia puede situarse claramente en algo que, al menos en principio, no parece ni mucho menos secundario: la condición comunicativa de todo conocimiento. Y esto también porque la ciencia (y el científico) forman parte del tejido social, y no pueden escamotear ni marginar su condición pública. No sólo no es la ciencia la que modela desde sí misma las creencias de la sociedad, sino que la sociedad modela a la ciencia y a los científicos, generando unas necesidades y unos intereses (y unas presiones de grupos sociales e instituciones). La ciencia no está definitivamente construida, el conocimiento es comunicación social, intercambio

de ideas, historia; no podemos decir que haya desconexión entre los aspectos de la cultura, entre la ciencia y la sabiduría de lo cotidiano. Esto implica un entrelazamiento de la idea de ciencia con la idea de sociedad, y un uso del lenguaje en el contexto de la comunicación y de los fundamentos de la práctica social del saber. Y si la comunicación puede penetrar en la ciencia, no es ello simplemente fruto del azar-salvaje del fin del milenio, sino que la ciencia puede no darse sin la práctica de la comunicación, del simple roce con sus márgenes. El mundo objeto de la ciencia no puede cerrarse en un espacio aséptico y único, no tiene un afuera lejos de la sociedad y de la historia. "El progreso de la ciencia no puede ir muy lejos si omite la colaboración; o, para expresarlo con más exactitud, ninguna mente puede avanzar un solo paso sin ayuda de otras mentes"¹.

* * *

La epistemología de Peirce plantea, por encima de todo. (al menos se puede hacer una lectura bastante sólida de ello), una dimensión comunicativa de las verdades científicas: toda reflexión sobre verdades será una discusión sobre creencias, una conversación. Esta posición pone de manifiesto la gran diferencia de punto de partida teórico en relación a otras fórmulas epistemológicas; fórmulas cuyas ideas son deudoras de una simple transmisión del saber. La epistemología peirceana se plantea la discusión y construcción comunitaria del saber desde una óptica semiótica: la discusión sobre los signos de cada disciplina será el fondo desde donde la ciencia operará y desde donde podrá introducir sus aportaciones más relevantes. De esta manera lo importante pasa a ser evitar la cristalización de las ideas: la esencia de la verdad está en su resistencia a ser ignorada, y las preconcepciones (lo que nos inclinamos a pensar, los mitos, etc.) son buenas impresiones para el ideario, pero no para la ciencia misma; tal vez sea esto lo que invita necesariamente a la ciencia a la práctica de la comunicación; y tal vez sea la sociedad el único testigo y el único interlocutor válido de la ciencia.

Las investigaciones no están cerradas, ni con la sanción de los sabios, ni con el producto de los experimentos. La certeza será sostenida temporalmente por

¹ Peirce, C. S., *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1986, p. 15.

las argumentaciones. La sociedad contemporánea puede estar comprendiendo ya que la ciencia no tiene una sola respuesta definitiva, que el juego de la ciencia no puede demostrar nada, que sólo se pueden argumentar y justificar las teorías a través de la racionalidad discursiva de sus propuestas. “Vuelvo ahora a expresar mi abominación por la doctrina según la cual una proposición cualquiera es infaliblemente verdadera. A menos que la verdad sea reconocida como pública, —como aquella de la que cualquier persona podría convencerse si llevara su indagación, su sincera búsqueda de creencias inamovibles lo suficientemente lejos—, no habrá nada capaz de evitar que cada uno de nosotros adopte creencias completamente fútiles de su propia cosecha que no serán creídas por los demás”².

* * *

No queremos, muy a nuestro pesar, dejarnos llevar por un razonamiento que se deslizaría demasiado rápidamente sobre lo planteado hasta ahora, ya que nos conduciría a una conclusión tan generalizadora que uniría sobre un mismo eje a ciencias y no ciencias, y elevaría a paradigma epistemológico de ambas a la comunicación, modelo demasiado en tela de juicio. Y por supuesto, no queremos entrar, además, en un terreno tan delicado, dado que el mismo Peirce reduce la comunicación de la ciencia al ámbito exclusivo de los mismos científicos; el aparato semiótico peirceano deja bien claro que su análisis debe reducirse al sistema de signos de las propias disciplinas y no a una simple discusión de creencias indiscriminada. Sin embargo, si podemos plantearnos abiertamente cuál es el motivo de que la ciencia semiótica propuesta por Peirce haya tenido, al final, un prioritario despliegue en disciplinas consideradas menores (o no demasiado científicas) como son la comunicación, la sociología o la literatura, y no en las ciencias en mayor grado experimentales. Nuestra hipótesis de partida es que, si bien Peirce realiza fundamentalmente un desarrollo tendente a la comunicación, su epistemología tiene todavía, no obstante, una gran dependencia de las nociones de verdad y de objeto —“La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo con ella es lo que significamos como verdad,

² Peirce, C. S. *op. cit.*, pp. 96-97.

y el objeto representado en esta opinión es lo real. Ésta es la manera como explicaría yo la verdad³-, y este planteamiento conduce a que en cierto tipo de ciencias se ponga más el acento en la *segundidad* que en la verdaderamente importante para Peirce *terceridad*. El argumento de necesidad objetiva que se mantiene de fondo y que persiste, en cierto modo, en la filosofía de Peirce es, a su vez, el argumento que permite un cierto aislamiento de las proposiciones científicas; y la necesidad de una profilaxis en la investigación que permita separar lo científico de aquello que no lo es. El argumento absoluto es el que, al mismo tiempo, mantiene las verdades científicas relativamente resguardadas de su desgaste y de su temporalidad mundana; es más o menos pensable que unas ciencias que exigen una gran estabilidad proposicional no puedan tener en cuenta tan alegremente el carácter signico "*en algún respecto o cualidad*" de los objetos. Y sin embargo cualquier ciencia sólo puede pensar sus objetos sólo "*en algún respecto o cualidad*", el objeto científico sólo se podrá presentar en un mundo real e inabarcable, en un mundo real que puede ser conocido pero no abarcado, un mundo donde sólo cabe la certeza a través de creencias contrastadas; creencias, eso sí, que acumulan conocimientos a su alrededor, que los ordenan. "La cuestión siguiente es: ¿en lugar de qué otra cosa está el pensamiento-signo —qué es lo que nombra—, cuál es su *suppositum*? Sin duda la cosa exterior cuando se piensa en una cosa exterior real. Pero, con todo, cuando el pensamiento está determinado por un pensamiento previo del mismo objeto se refiere sólo a la cosa denotando ese pensamiento previo... El pensamiento-signo está en lugar de su objeto en aquel respecto en que está pensado... Ahora bien, la función representativa de un signo no reside ni en su cualidad material, ni en su aplicación demostrativa pura; porque es algo que el signo es, no en sí mismo, ni en una relación real a su objeto, sino que es para un pensamiento"⁴.

Indudablemente, este concepto de semiótica que aparece en la obra de Peirce no surge ajeno a la epistemología clásica, simplemente vinculado a una teoría de la comunicación fantasma (en ese momento bastante inexistente); la semiótica surge en el caso peirceano en un desplazamiento pragmático desde la

³ Peirce, C. S., *El hombre, un signo*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 221.

⁴ *Ibid.*, pp. 100-103.

ciencia de la lógica. Incluso para este autor, según Massimo A. Bonfantini, la semiótica es una verdadera ciencia de la lógica "Peirce da al término 'semiótica', entendiéndola como sinónimo de lógica, un sentido mucho más amplio del hoy corriente [...] la lógica se ocupa de la referencia de los símbolos en general a sus objetos. Bajo este aspecto es una ciencia triple. En este trío de ciencias la primera debería tratar de las condiciones formales de los símbolos que tienen un significado [...] y ésta podría ser llamada gramática formal; la segunda, la lógica, debería tratar de las condiciones formales de la verdad de los símbolos; y la tercera debería tratar [...] de su poder de hacer llamadas a la mente, esto es, de su referencia en general a los interpretantes, y ésta podría ser llamada retórica formal"⁵. La semiótica, por tanto, extiende el funcionamiento de la lógica a la pragmática y es en ese sentido en el cual se hace comunicación, pero no por ello deja de ser lógica. El punto de enlace de la lógica con la comunicación es el pragmatismo. Resta en ese contexto ver cómo puedan ser los objetos con los que la semiótica opera y sobre los que la semiótica puede arrojar algo de luz, y en qué sentido lo hace; en suma, qué tipo de ciencias se pueden ver afectadas por esa semioticidad.

LA SEMIÓTICA DE PEIRCE

Otra de las causas de que la epistemología de Peirce no haya accionado directamente sobre la ciencia más experimental es que su semiótica no pudo operar directamente un cambio en la comunicación del conocimiento de su época. Tenía que operarse previamente un largo proceso en el cual cambiaran las concepciones de comunicación establecidas; y ha sido en ellas donde inicialmente ha actuado su semiótica, y sólo a través de ellas podrá, tal vez, en el futuro, operar en la ciencia. Digamos previamente que la comunicación, al inicio del siglo XX, era una disciplina prácticamente inexistente; es con Saussure, y sus teorías del lenguaje (y por tanto de la mano de la lingüística), con las que la disciplina comienza a consolidarse como una ciencia de la interacción social,

⁵ Peirce, C. S., *Semiótica*, Selección de textos por Massimo A. Bonfantini, Letizia Grassi y Roberto Grazia; Torino, Einaudi editore, 1980, pp. X-XI.

más que como una mera difusión o transmisión de saber. Es importante destacar, sin embargo, que, a pesar de toda esta evolución, la semiología saussuriana era deudora de una semántica fundamentalmente idealista y que como tal no permitía desarrollar conceptos de comunicación excesivamente dinámicos; sabido es, por otra parte, que esta vía de inauguración de la semiótica es la que ha predominado hasta los años 60 en la teoría de la comunicación continental, y que, por lo tanto, los efectos de la semiótica de Peirce en el campo de la comunicación sólo se hacen notar mucho más tarde incluso de su muerte. La semiótica peirceana introduce novedades en el concepto de comunicación clásico; lo que diferencia a la comunicación derivada de la filosofía de Peirce de otros tipos de comunicación es que entra en discusión con ellas por su concepción de signo: su noción triádica amplía la definición típicamente lingüística de la semiología saussuriana. Este *crack* del concepto de signo hace que la comunicación postsaussuriana dé un giro en la noción de significado y se convierta, de una semiología de la significación, en una semiótica de la comunicación. Una de las muestras más consolidadas de esta idea es mantenida por Umberto Eco en 1975 en el *Trattato di semiotica generale*, en el cual asegura que el interpretante de Peirce no es totalizador (en relación a la significación de Saussure, que sí parece serlo), o al menos, como módulo organizador del significado, parece más abierto que el simple mecanismo dual saussuriano. Podemos decir que se pasa del concepto de una mera transmisión de información, circulación de un código, a un concepto de intercambio comunicativo o interpretativo⁶. Cuestión que no será tampoco ajena a lo mantenido en su obra posterior *Lector in Fabula* de 1979, donde afirma que la semiótica de la interpretación puede ya superar los límites de la simple codificación lingüística, en la forma semántica de diccionario, hacia una lengua que es ahora semiotizada en forma de enciclopedia (es esto lo que facilita que se pueda hablar de la noción de interpretante como una categoría no sólo semántica sino pragmática). "A Peirce no le interesan los objetos como conjuntos de propiedades, sino como ocasiones y resultados de una experiencia activa"⁷. "Para concluir esta experiencia interpretativa de los textos no diremos que en ellos se encuentra una

⁶ Cfr. Eco, Umberto, *Trattato di semiotica generale*, Milano, Bompiani, 1975.

⁷ Eco, Umberto, *Lector in Fabula*, Barcelona, Lumen, 1987, p. 65.

semiótica del texto explícita o directamente traducible al lenguaje de las teorías de ese tipo que se formulan en la actualidad [...] insistiremos en que la obra de Peirce, más que la de muchos autores posteriores, proporciona la junta cardánica capaz de articular una semiótica del código con una semiótica de los textos y los discursos”⁸.

Para cerrar por tanto este previo espacio de configuración de la semiótica, podemos pensar que parecen ser objetos susceptibles de semiotización aquellos que estén expuestos a interpretación, y por tanto será objeto de comunicación todo aquello que pueda ser transmitido en forma de interpretante, y no necesariamente sólo el código literal. En este sentido hablamos más de una comunicación de interpretes lectores que de una transmisión de informaciones redundantes.

EL INTERPRETANTE Y LA ABDUCCIÓN

C. S. Peirce (1867-1920) en sus *Collected papers* introduce una noción fundamental para el procedimiento semiótico: la noción de interpretante. Esta noción afirma que el objeto determina al signo pero que el interpretante es sólo una representación análoga a la representación del objeto. Para Peirce un signo es algo que sustituye a otra cosa, pero ese algo sustituye sólo un aspecto del objeto, no el objeto entero; el aspecto viene dado por ese interpretante. El proceso del conocimiento es, por tanto, un juego de semiosis entre el representante del objeto y el signo, un proceso de semiosis ilimitada entre el objeto inmediato y el dinámico. Para Peirce el objeto inmediato es el objeto concreto, interpretado por ese otro signo que lo explica (interpretante), y el objeto dinámico es una abstracción que no tiene lugar porque es indecible. Por ello el interpretante lógico final sólo es conseguible después de haber recorrido toda la enciclopedia (no el diccionario, el diccionario sería un simple catálogo de palabras preestablecidas, y por ello es en cierto punto abarcable).

Es importante destacar que, a pesar de esta versatilidad del objeto inmediato no todas las interpretaciones son válidas, hay interpretaciones que no serían

⁸ *Ibid.*, pp. 71-72

aceptadas por la dinámica comunicativa; por ejemplo, no se puede interpretar *El Quijote* como la carta de un restaurante chino, al menos si no se introduce el contexto de interpretación donde eso se puede producir; la comunicación es la que puede establecer (o no) la significación de los signos, desde su posibilidad de ser interpretados. El acuerdo intersubjetivo puede ser quien está marcando aquello que se debe admitir y aquello que no, ya que, por mucho que la teoría pretenda establecer un cierto tipo de control o de deriva sobre la interpretación, el interpretante es un signo, que habla del objeto sólo en cuanto se le piensa según un determinado aspecto, por lo tanto en un contexto. El interpretante final (hábito según Peirce-Eco) es limitado en relación a la virtualidad de la enciclopedia, aunque sea absoluto e ilimitado en relación a su conocimiento.

Este concepto de interpretante viene ligado también a un procedimiento lógico que incorpora Peirce como puente entre la semiótica y la lógica: el concepto de abducción. La abducción permite dar operatividad al razonamiento construido sobre la base de los interpretantes: uno de los grandes problemas del positivismo era que la inducción no servía para demostrar enunciados (en la proposición " $p \rightarrow q$ ", la verificación no demuestra la hipótesis: si se da " q " no necesariamente se dará " p "; la validez de la verificación no implica la hipótesis, tan sólo podemos decir que afecta a esa hipótesis). Tanto usando la explicación (cc. naturales) como la comprensión (cc. sociales) se debe usar la inferencia, pero la inferencia no es lo mismo que la deducción, la deducción es sólo una forma de inferencia. Inferir es sólo sacar un pensamiento de otro; todas las inferencias se complementan unas a otras, pero sólo las inducciones y las abducciones son sintéticas; así, esa forma de inferencia, de sacar un pensamiento de otro, que es la abducción, parte de los hechos, de cómo podrían ser las cosas (si hay una luz encendida es porque...), mientras que la inducción parte primero de hipótesis (establece si podrían ser así las cosas) y después busca hechos que las confirmen indiscriminadamente. Los hechos, según la abducción, aparecen simplemente a la luz de las teorías, el sujeto social e individual influye sobre las hipótesis, pero, por ello, el punto objetivo neutro no existe, es una precomprensión. La abducción tiene que ver con la creatividad; en el fondo no se comienza a enjuiciar desde una verdad justificada, sino desde el uso lingüístico convencional; al mismo tiempo una hipótesis no se termina de enjuiciar por una justificación final y externa sino porque se rehusa, en conexión con otras teorías. En

ese sentido hablar de abducción es hablar de que la verdad se va construyendo y reconstruyendo en el uso de los signos, y de que las teorías se apropian de los casos, haciendo que ambos, teoría y caso, se coimpliquen y recoimpliquen reflexivamente. En cuanto a la falibilidad de las teorías, también todas son fallibles o falsables. ¿Qué pasa cuando se falsea una hipótesis? Cualquier hecho particular no la falsea, el hecho es interpretado siempre de una manera, y al igual que se puede hacer al verificar las hipótesis, un caso no agota la validez, simplemente puede inducir o no a que se sigan usando las hipótesis.

Así, tanto el concepto de interpretante como el método de la abducción sientan las bases de un posible conocimiento como comunicabilidad social, pero fundamentalmente, ambos establecen la verdadera relación entre ciencia y semiótica, ya sea en el propio interior de la ciencia, o en la propia materia de la teoría de la comunicación. "La mayor parte de la gente, incluso la que está familiarizada con los escritos de Peirce, conoce sólo fragmentos sueltos de su obra. Lo más probable es que un filósofo, por ejemplo, le conozca como fundador del pragmatismo, y un semiótico como el fundador (o como uno de los tres fundadores) de la semiótica actual. Pero ni los filósofos ni los semióticos parecen darse cuenta de que su pragmatismo es un teorema de la semiótica"⁹. Interpretante y abducción son las claves de la conexión entre ciencia y teoría comunicativa, y una vez integradas en la disciplina semiótica, pueden funcionar estableciendo infinidad de relaciones entre ambas, relaciones que vamos a intentar encontrar a continuación.

LA CULTURA COMO ESPACIO TIPO DE LA SEMIÓTICA CONTEMPORÁNEA

A fin de ser rigurosos, si queremos plantearnos seriamente las repercusiones directas de la semiótica de la comunicación (atribuida a Peirce como padre fundador) en el conocimiento contemporáneo, nuestro camino o nuestra búsqueda debe seguir (al menos de alguna manera) el cauce de las manifestaciones comunicativas, hasta dar con sus actuales pobladores. Y los pobladores, hoy,

⁹ Sebeok, Thomas A. y Umiker-Sebeok, Jean, *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 19.

por lo que respecta a la semiótica, no son nítidamente proposiciones científicas —ni tan siquiera gran parte de las proposiciones de las ciencias humanas—, la semiótica de influencia peirceana limita actualmente su ámbito de aplicación a disciplinas consideradas menores: algunos aspectos de las teorías de la comunicación y de las producciones culturales de consumo masivo, o la literatura. Por ello, si hay grandes campos de influencia de la epistemología de Peirce en la ciencia contemporánea, son sobre todo éstos. No podemos decir con ello, tampoco, que sean los campos originales o auténticos de la semiótica; es posible que sea simple casualidad su adherencia al fenómeno de la comunicación. Pero éstos son los campos donde el conocimiento se somete hoy a mayor comunicabilidad, o al menos donde las proposiciones no están tan sometidas a la necesidad de resguardar sus objetos del roce social. Sólo queremos constatar que han sido esas otras disciplinas menores quienes nos han dado la pista del lugar donde reside hoy lo comunicacional. Es indudable que la ciencia de la comunicación tiene mucho camino todavía que recorrer, pero también es indudable que hay muchos factores en la ciencia general que hacen dificultoso el proceso de comunicación del conocimiento (con lo cual no podemos tampoco descartar nuestra hipótesis de un excesivo objetualismo, todavía hoy, del conocimiento científico).

Llegados a este punto nos damos cuenta de que lo realmente comunicacional de esta semiótica no es propiamente el conocimiento científico, o al menos no el conocimiento científico clásico. Si en la ciencia es la comunidad de científicos (concepto difícilmente delimitable, por otro lado) la que regula el juego de la comunicación, y su mismo uso no llega a dejar nunca que sus límites con la comunicación social sean rebasados, hemos realizado el encuentro con nuestro objeto semiótico, contrariamente a ello, en la cultura general, en ese juego del conocimiento dado por la suma de los actores sociales (no sólo por aquéllos que comparten un gran volumen de saber). Nuestro objeto a la larga se ha trocado más bien cultura que ciencia. Efectivamente, es en el análisis del consumo cultural, del mundo de la literatura y afines, donde encontramos manifestados esos ecos lejanos de la epistemología comunicativa; es en este campo en el que viven saberes que incluyen a la literatura y a sus diferentes versiones textuales, escénicas y audiovisuales, a los fenómenos culturales y sociales más cotidianos, a las prácticas del saber popular, etc. en un contexto donde todas esas prácticas

producen signos, curiosamente manifestados como “un estar en lugar de otra cosa, en cuanto a un respecto o cualidad de algo”. De esta manera, la comunicación-conocimiento *massmediática* se convierte en un espacio de interacción de saber cultural, un espacio que produce su objeto en un intercambio social general, más que en el intercambio de expertos. El conocimiento científico se convierte, así, en una pequeña parcela en relación a las múltiples fuentes de la interacción comunicativa; y las que hemos considerado herramientas imprescindibles de la semiótica contemporánea van a ponerse a funcionar, como claves epistemológicas y metodológicas, sobre disciplinas hasta cierto punto de opinión (cosa que produce alguna que otra sorpresa).

Estas formas expresivas interpretativas van a constituir el catalizador que con mayor efectividad concentrará la comunicación cultural; el conocimiento se divulgará a través del tamiz de unas disciplinas seudoliterarias y a través de manifestaciones mediáticas, predominando el relato sobre cualquier discurso científico. Estas disciplinas van a ser la base de extracción de conocimientos y el modelo de semiotización más fuerte de la comunicación contemporánea; nuestro peregrinaje sobre el conocimiento ha encontrado su mapa y su territorio. Pero, ¿quiere esto decir que la literatura cumple el papel de recambio comunicativo en la sociedad? Difícilmente, sobre todo cuando ni tan siquiera se da el predominio de las consideradas “grandes obras literarias” en la difusión comunicativa general; más bien al contrario, la tendencia predominante es a limar las aristas a todo producto comunicativo. Siguiendo con nuestro recurso a la prudencia sólo podemos decir, también aquí, que la semiótica cubre un importante espacio del análisis cultural contemporáneo, pero no sin grandes polémicas y debate, sus objetos de análisis cubren un amplio espectro del campo de la comunicación: literatura, cine, medios y formas expresivas de consumo, etc., pero sí podemos decir que estos objetos giran en la comunicación, más bien giran en una especie de noria diametralmente opuesta al giro de la *semiosis* ilimitada, y son más los objetos de una abducción al estilo *Expediente X*, que objetos susceptibles de abducción en una circulación comunicativa. Al final, las formas de desenvolvimiento de la comunicación contemporánea no funcionan ni tan siquiera en un sentido tan potencialmente semiótico como lo querríamos entender. La semiótica no puede controlar totalmente una circulación de signos compleja, porque, si bien las reglas se alejan estrictamente de un simple

mecanismo de transmisión del conocimiento, el funcionamiento comunicativo actual impide el desarrollo del modelo estético. A lo que hay que sumar, además, la falta de la materia prima de la comunicación: los contenidos; la semiósis no se da sin un intercambio real de contenidos, sino, en último extremo, puede ser tan sólo un simulacro de semiósis, o una deriva espectacular. Hoy, la comunicación es más bien una forma de espectáculo, y no una práctica interdisciplinaria de conocimiento. Y la semiótica, en este sentido, encuentra su quehacer dentro de un campo nada claro, en un pequeño caudal de contenidos que se vacía en su propia redundancia. La semiótica queda presa en una red de mecanismos, donde incluso la propia literatura, lejos de ejercer las dotes de nuevo paradigma, termina por ser sólo un filtro, que canaliza tan sólo una parte del recorrido semiótico.

* * *

La interpretación queda atrapada así en dos frentes: uno que reduce el volumen de conocimientos a la cultura, aislándose de la ciencia; un conocimiento que se populariza para poder encontrar su potencialidad social, lejos de las vitrinas y de los rincones residenciales de la verdad. Y otro, que sobrepasa su dimensión estética e imaginaria, su discursividad y festividad cultural, su cotidianidad, a través de la espectacularización, haciendo atravesar por la pasarela elementos cada vez más redundantes y vacíos. El escenario *massmediático* pone bajo los focos lo actual frente a la ciencia, pero también eleva a categoría de comunicación momentos efímeros. ¿Puede la comunicación sobrevivir a su banalización sin la ayuda de la ciencia? ¿Puede la ciencia salir de su encierro para llenar de materia la comunicación? ¿Tiene el conocimiento que someterse al encierro para ser conocimiento, o debe ser banalidad si quiere ser social? Más bien creemos que el problema de la comunicación actual ha sido producido por la conjunción de dos fuerzas: por un lado debemos considerar la propia tendencia científica, sobre la que hablamos ya en el primer apartado, a cerrarse sobre sí misma en relación a su expansión social; y por otro lado, debemos considerar la dinámica de banalización de los contenidos comunicativos, con la que han sometido los medios de comunicación al conocimiento. En esa dicotomía, la ciencia, en cierto modo, con su hermetismo, ha contribuido bastante

a la banalidad de la comunicación, con su ayuda al vaciamiento de contenidos fuertes; y la banalidad, por ello, ha tenido una posibilidad añadida en la propia ausencia de contenidos científicos (¿de qué pueden hablar, sin materia, los medios?). Éste es el argumento que nos imposibilita (a nuestro pesar) justificar el problema, aludiendo simplemente a la maldad de los medios de comunicación, aunque sea absolutamente obvio, por otra parte, que estos medios de comunicación son tendentes por naturaleza a una redundancia, que simplifica totalmente la comunicabilidad.

Y en esta concurrencia, a pesar de todo, no se puede dejar de plantear una pregunta, ¿tendría la comunicación contemporánea la misma forma si los medios de comunicación pudieran hablar con otras metodologías y con otros contenidos? Tanto la semiótica como la ciencia tienen en este momento un ejercicio profundo de reflexión en cuanto a sus limitaciones operativas, y es en esa fundamental discusión donde podemos instalar la viabilidad del método semiótico y las correspondientes evoluciones teóricas de la comunicación del conocimiento. Mientras tanto, y ello no deja de ser problemático, tanto la ciencia como la semiótica, pueden seguir funcionando independientemente; y el único problema que surge es más de corte epistemológico que de corte técnico: nada impide a la semiótica el seguir analizando signos de banalidad y a la ciencia el operar con objetos cerrados, nada impide que sus objetos y funcionamientos sean posibles, aunque el problema de saber qué estudian ambas (y para qué) siga quedando entre paréntesis.

“Me pareció que observaba usted en ella muchas cosas que eran completamente invisibles para mí —le hice notar.

—Invisibles, no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo dónde mirar, y por eso se le pasó por alto lo importante”¹⁰.

¹⁰ Sebeok, Thomas A. y Umiker-Sebeok, Jean, *op. cit.*, p. 45.

La revista Anábasis debe hacer constar su agradecimiento, por el apoyo recibido, en primer lugar al Decanato de la Universidad Complutense de Madrid y, en especial, a don Manuel Maceiras Fafián, y, además al Vicerrectorado de Extensión Universitaria de esta misma Universidad, ostentado por la persona de don Ramón Rodríguez. Sin la colaboración de estos dos organismos hubiera sido materialmente imposible confeccionar esta publicación.

ANÁBASIS

Revista de Filosofía

EDITORIAL FUNDAMENTOS

DIRECTORES: Luis Arenas, Germán Cano, Ricardo Clemente, Almudena Cintado.

CONSEJO DE REDACCIÓN: Heliodoro Carpintero, Juan Bautista Fuentes, Montserrat Galcerán, Miguel García Baró, Gilberto Gutiérrez, Luis Jiménez Moreno, Antonio López Molina, Manuel Maceiras, Jacobo Muñoz, Juan Manuel Navarro, Ana María Rioja, Fernando Cocho, Alfonso Gómez Fernández, Elisa Lucena, Fernando Morales, Miguel Ángel Hernández Saavedra, Beatriz Larrea.

DISEÑO CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: Ricardo Clemente.

I.S.S.N.: 1134-6434

D.L.: TO-1466-1994

Composición: Francisco Arellano

Impreso por Omagraf, S.L.

Anábasis puede encontrarse también en Internet en
<http://fs-morente.filos.ucm.es/publicaciones/anabasis.htm>
Correo electrónico: anabasis@eucmax.sim.ucm.es

anábasis

Revista de Filosofía

REVISTA SEMESTRAL. NÚM. 6. 1997/2

SUMARIO

<i>Entrevista con Gianni Vattimo</i>	
Germán Cano	3
<i>Entrevista con Gustavo Bueno</i>	
Fernando Muñoz, Luis Arenas, Ricardo Clemente	15
<i>Hacia una modernidad "desdramatizada"</i>	
Germán Cano	37
<i>Gustavo Bueno: Edad y Realidad</i>	
Fernando Muñoz	59
<i>Discurso y utopía</i>	
Gabriel Aranzueque	73
<i>La teología de Heráclito de Éfeso</i>	
David Jiménez Bariñaga	89
<i>Evocación de la Regla IV de Descartes</i>	
J. L. Caballero Bono	109
<i>C. S. Peirce y la comunicación</i>	
Tomás Caballero	129
<i>"El animal autobiográfico"</i>	143
<i>Reseñas</i>	147

REVISTA DE FILOSOFÍA

análisis

Año IV Núm. 6. 1997/2

Entrevista con Gianni Vattimo

Entrevista con Gustavo Bueno

*Germán Cano: Hacia una modernidad
"desdramatizada"*

*Fernando Muñoz: Gustavo Bueno:
Edad y Realidad*

Gabriel Aranzueque: Discurso y utopía

*David Jiménez Bariñaga: La teología
de Heráclito de Éfeso*

*J. L. Caballero Bono: Evocación de la
"Regla IV" de Descartes*

*Tomás Caballero: C. S. Peirce y la
comunicación*